

POR LA AUTORA DE «MI HOMBRE»

# JODI ELLEN MALPAS

500.000  
ejemplares  
vendidos en  
castellano



UNA PASIÓN  
ARRIESGADA

 Planeta

JODI ELLEN MALPAS

# UNA PASIÓN ARRIESGADA

Traducción de Lara Agnelli

 Planeta

Título original: *Leave Me Breathless*

© Jodi Ellen Malpas, 2019

© por la traducción, Lara Agnelli, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-08-23004-5

Depósito legal: B. 8.739-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1  
RYAN

Algo va mal. Hace ya diez años que abandoné el MI5, pero mi sexto sentido sigue tan en forma como siempre. Es como una especie de detector de peligro y, ahora mismo, estoy detectando peligro. Siento un cosquilleo en la piel y la adrenalina empieza a circular por mis venas.

Echo un vistazo alrededor de la casa de nuestra clienta pero no veo nada fuera de lo normal. No ha sucedido nada fuera de lo normal desde que la agencia de seguridad para la que trabajo aceptó el caso hace dos semanas. Nuestra clienta, una modelo canadiense con un acosador muy entregado, está a punto de salir en dirección al aeropuerto con su hija de seis años. Encontrarnos con una amenaza justo ahora sería casi una broma.

Mi compañero Jake también está tenso. Con los hombros contraídos, examina la calle al otro lado de la valla de hierro que separa la casa del resto de Londres. Él guarda silencio; yo, también.

—Eh, Jake —lo llamo al ver que se aparta de la verja y, a grandes zancadas, se dirige hacia la puerta, donde estoy yo, caminando lentamente de espaldas.

—Hay un Audi negro en la acera de enfrente —me dice, consultando el móvil—. Cristales tintados. Lleva ahí más de una hora y el conductor no ha bajado.

Joder. Lo sabía.

—¿Has pedido información a Lucinda? —Me acerco a la verja para echar un vistazo y veo el RS 7 aparcado a unos metros, con la ventanilla del pasajero un poco bajada.

—La matrícula es falsa. —Jack confirma mis temores.

Miro a un lado y al otro, fingiendo indiferencia.

—Y yo que pensaba que iba a ser un trabajo fácil. —Me aparto de la verja sintiendo la presión de la Heckler en la parte baja de la espalda. Mierda, llevo años sin desenfundarla. Sí, han sido diez años de trabajo aburrido, pero *aburrido* es sinónimo de *seguro*; *aburrido* significa que puedo volver a mi casa de Hampton.

Jake mira por encima del hombro cuando la puerta se abre y nuestra clienta sale con su hija.

—Señora Warren, va a tener que quedarse dentro de casa unos minutos más —le pide mi colega, muy serio.

Ella parpadea sorprendida.

—Pero es que el avión sale dentro de dos horas —protesta, y su voz adquiere un matiz de miedo mientras inspecciona la calle—. ¿Hay algún problema?

—De momento métanse en casa, por favor —pide Jake en voz baja. Le da la mano a la pequeña y la conduce de vuelta junto a su madre.

La señora Warren me mira a mí y mira a Jake, buscando una respuesta. Abre la boca, pero cambia de idea. Se agacha frente a su hija y le dice:

—Cariño, creo que me he dejado a Paddington en el sofá. ¿Por qué no vas a buscarlo?

—Vale. —Cuando la niña sale corriendo hacia el salón, la señora Warren se vuelve hacia nosotros—. Por favor, díganme qué pasa.

—Hay un vehículo no identificado al otro lado de la calle y tenemos que comprobar un par de cosas —le explico.

Ella contiene el aliento y abre mucho los ojos.

—Dios mío, es él.

Miro a Jake, preguntándome si él siente lo mismo que yo.

—¿Se refiere a su acosador? —pregunta mi colega, lo que me confirma que él también sospecha algo.

Ella pestañea rápidamente y se aparta el pelo de la cara con las manos temblorosas.

—Sí —responde, desviando la mirada.

No logro callarme las sospechas y le pregunto:

—Señora Warren, ¿hay algo más que debemos saber?

—No tengo ningún acosador —responde en un susurro, y cuando logra volver a mirarnos a los ojos añade—: Es un exnovio que es un impresentable y que haría cualquier cosa por hacerme daño.

—¿Por qué? —pregunto sorprendido.

—Porque lo dejé.

—¿Cuál es su nombre? —le pregunta Jake, con el móvil en la mano.

Ella inspira hondo, preparándose para la confesión. Esto cada vez pinta peor.

—Corey Felton.

—¿Qué?! —exclamo, deseando haber oído mal. Jake maldice entre dientes y teclea con rabia—. ¿El traficante de drogas?

Ella asiente en silencio y se disculpa con la mirada. ¡Joder! A Corey Felton lo buscan en diez países por distintos delitos. Es escurridizo, intocable y, por el miedo que veo en los ojos de la señora Warren, tan desagradable como se rumorea.

—La policía se negó a ayudarme si no les proporcionaba información a cambio —se excusa—, pero yo sólo quiero volver a Canadá. Sé que hará lo que sea para detenerme —añade nerviosa, mirando hacia la verja.

—Las llevaremos hasta el aeropuerto sanas y salvas, no se

preocupe —le aseguro con mi mejor sonrisa. Ella asiente, entra en la casa y cierra la puerta.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunto a Jack, que sigue mirando el móvil.

—Vienen refuerzos de camino. Si es él, los necesitaremos. ¿Si es él?

—Por supuesto que es él. —La sangre me hierve de tanta adrenalina—. ¿Estás listo para el baile? —le pregunto mientras nos acercamos de nuevo a la verja.

—Si no vuelvo a casa con Cami y Charlotte, Cami vendrá a por ti y te lo hará pagar. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —respondo en voz baja, con los ojos clavados en el Audi negro. Jake y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, aunque sólo llevamos dos años formando equipo. Fue una condición que le puso su esposa: si quería seguir dedicándose a la seguridad privada, tenía que ir siempre acompañado, y yo era el candidato perfecto.

Salgo a la calle justo cuando la furgoneta con los refuerzos entra derrapando.

—Muy discretos —refunfuño.

—Lleva años escondido —dice Jake a mi lado—. Lo buscan cuerpos policiales de medio mundo.

Echo a andar en dirección al RS 7 mientras me llevo la mano a la Heckler, pero justo en ese momento el coche se pone en marcha. Un cosquilleo de alerta me recorre las venas; hacía tiempo que no lo notaba con tanta fuerza: Felton va a escapar.

«Deja que se ocupen los refuerzos de él —me digo—. No hace falta que te pongas en plan Jason Bourne en pleno Londres.» Pero las piernas no me obedecen y me encuentro cruzando la calle a toda velocidad hacia el Audi negro. Oigo frenazos y gente tocando el claxon mientras el coche trata de incorporarse al tráfico, pero no llega muy lejos porque el morro se le queda

atascado entre un autobús y un BMW. El autobús da marcha atrás para dejarle espacio. Se nos va a escapar.

«¡No, joder, no!»

Empiezo a correr a más velocidad, a pesar de que el maldito traje que me hacen llevar no me lo pone fácil. Al bajar a la calzada, veo que un taxi negro viene directo hacia mí. El taxista se echa hacia atrás en el asiento, como preparándose para el impacto.

—Mierda, mierda, mierda.

—Ryan, ¿qué coño estás haciendo?! —brama Jake a mi espalda. Con la vista al frente, me encaro al taxista, que se acerca más y más, haciendo un ruido ensordecedor con las ruedas que derrapan al frenar—. ¡Ryan!

En el último segundo, el taxista da un volantazo y se oye un gran golpe cuando choca contra el Audi justo en el momento en que éste iba a incorporarse al nuevo carril, y lo deja bloqueado una vez más entre el BMW y el autobús. Sin pensar, abro la puerta trasera del taxi y entro para salir por el otro lado, sin hacer caso del sorprendido hombre de negocios que sigue con el móvil pegado a la oreja.

El Audi intenta retroceder, chocando con el coche aparcado que tiene detrás, pero se detiene en seco cuando la furgoneta que trae los refuerzos para a nuestro lado.

—¿Vas a alguna parte? —pregunto, abriendo la puerta. Agarro al conductor, lo saco del coche y le planto la pistola bajo la barbilla.

—¡Joder! —oigo que exclama Jake a mi espalda. Él también se ha dado cuenta de que el hombre que tengo inmovilizado contra el Audi no es Corey Felton.

—¡Es una maniobra de distracción! —grito al darme cuenta. Suelto al tipo y paso por encima del coche. Salto al otro lado y echo a correr hacia la casa, decidido.



«¡Qué cabrón!»

Segundos más tarde vuelvo a estar en la casa. Abro la puerta de una patada con los brazos estirados frente a mí y la pistola bien sujeta.

La señora Warren entra en el vestíbulo atemorizada.

—¿Qué pasa? —pregunta al verme.

Aunque está asustada, sigue de una pieza, lo que me lleva a preguntarle inmediatamente:

—¿Dónde está su hija?

—¡Ay, Dios! —Se lleva la mano a la boca y abre mucho los ojos—. Se la llevará, la usará para que no pueda escapar.

Aprieto los dientes. Cuando Jake aparece, le digo que saque a la señora Warren de allí. Oigo una puerta que se cierra en la parte de atrás de la casa y me dirijo a la carrera hacia ese sonido. Medio segundo después de entrar en la cocina noto que algo se me clava en la sien. Me quedo inmóvil.

—Suelta la pistola —dice el intruso calmado, y yo inmediatamente bajo el brazo del arma al ver que tiene a la niña sujeta como un escudo ante él. Mi cerebro trabaja a toda velocidad, tomando nota de su posición, la posición de la niña, su agarre, el miedo de la pequeña.

Es ahora o nunca. «¡Suelta el arma, Ryan!» Pero sé que si la suelto, la partida habrá acabado y se llevará a la niña. Siento un cosquilleo en los músculos. El corazón me late cada vez con más fuerza. «Ahora o nunca.»

Echo el brazo hacia arriba y hacia atrás en un rápido movimiento, apartando la pistola un instante antes de agarrarlo por el brazo. Libero a la niña y empotro al tipo contra la pared, golpeándole la mano con fuerza contra el yeso para que suelte la pistola. ¡Joder! Nada me gustaría más que abrirle un nuevo orificio en el cuerpo, pero la niña sigue aquí. Así que me conformo con barrerle los pies, hacerlo caer de cara al suelo e inmovilizar-

le los brazos a la espalda. Mientras él lloriquea como un bebé, miro a la niña y le dirijo mi mejor sonrisa.

—Los malos siempre pierden —susurro, y ella me devuelve la sonrisa, lo que me causa un gran alivio. Miro hacia la puerta, deseando que los refuerzos lleguen pronto—. ¿Te ha hecho daño, preciosa?

Ella niega con la cabeza y me enseña su oso de peluche.

—Pero ha pisado a Paddington.

—¿Ah, sí? —Finjo estremecerme de indignación justo cuando Jake entra en la cocina, listo para atacar.

—Hola —lo saludo, sonriendo desde el suelo—. ¿Te sobran unas esposas?

Él se relaja y llama al equipo de refuerzo. Pronto se nos une media docena de agentes con chalecos blindados, todos armados.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les pregunto en tono seco mientras ellos se ocupan de mi presa. Tras levantarme, me sacudo el polvo y vuelvo a guardarme la pistola en la cintura, cerca de los riñones—. Ven aquí. —Cojo a la niña en brazos—. Voy a llevaros con mamá, a ti y a Paddington. —Mientras desando el camino, oigo a la señora Warren antes de verla, ya que está llorando desconsolada.

—¡Gracias a Dios! —exclama, arrebatándome a la niña y abrazándola con fuerza.

—Está bien.

La madre me mira con los ojos empañados y me dirige una sonrisa agradecida.

—Gracias.

—Forma parte del trabajo —miento, y voy hacia la puerta para tomar el aire. Al salir, oigo los gritos furibundos de Corey Felton y me apoyo en el marco porque el corazón sigue latién-dome desbocado en el pecho.

—¿En qué demonios estabas pensando?! —me grita Jake, acercándose a grandes zancadas. En ese momento, la adrenalina se retira de mis venas y me palpo, pestañeando, para comprobar que todo esté en su sitio—. Deberías haber dejado que los refuerzos se ocuparan de él, joder, Ryan, ¡me cago en todo!

—Sí, sí —replico, por decir algo. No necesito que Jake me lea la cartilla, ya me ocupo yo de hacerlo: «¡Joder! ¿Cómo se me ocurre hacer algo así?».

Jake debe de haber notado que estoy temblando porque me pasa un brazo por los hombros, suspira y me acompaña hasta la verja.

—Tú siempre igual, yendo por libre.

Tiene toda la razón. No puedo evitarlo.

—Algunas cosas nunca cambian, supongo —admito.

—No, continúas siendo un idiota. Podría haberte matado.

—Pero sigo vivo y coleando, ¿no?

—Sí, pero prepárate para la bronca que te va a caer.

Teniendo en cuenta que es Jake Sharp quien me lo está diciendo, tengo que aguantarme la risa. Además, nos faltaba información importante. ¿Yo qué culpa tengo?

—Sobreviviré. La bronca no me preocupa, lo que me toca los cojones es haber sido tan idiota. Dichoso instinto. Necesito una copa.

—Tú mejor que nadie deberías saber que cuando hay algo importante en tu vida, tienes que actuar con prudencia —me recuerda Jake.

—Vale, ya puedes dejar de pegarme el sermón.

Me suelta cuando llegamos a la verja.

—Es que no te pones en peligro sólo a ti —añade en un susurro malhumorado.

Culpabilidad. Por si mi sentimiento de culpa no fuera ya bastante, Jake me echa encima otra palada que me sienta como

un puñetazo en el estómago. La esposa de Jake está embarazadísima y cada vez que Jake va a trabajar lo pasa muy mal.

—¿Cómo está Cami?

—A punto de estallar —responde hinchando las mejillas para hacerme reír—. Ya sólo faltan tres semanas.

—¿Con ganas?

Él guarda silencio y sé por qué. Durante mucho tiempo fue un lobo solitario, atormentado por sus demonios. Lo ha pasado muy mal. Hemos estado tanto tiempo juntos durante los dos últimos años que hemos acabado compartiendo confidencias. Sobre todo ha hablado él y yo le he escuchado. Se merece ser feliz.

—Sí —responde al fin, y me mira a los ojos—. Quiero hacerlo bien esta vez.

Y yo haciéndonos correr un riesgo innecesario. Joder, qué mal. Le doy una palmada en el hombro, muy masculina, como hago siempre que la charla se pone demasiado profunda.

—¿Te hace una cerveza más tarde? —le pregunto, señalando el pub que hay un poco más lejos.

—Me apunto.

Nos detenemos cuando oímos el coche de Lucinda derrapando en la esquina.

Buf, hasta su coche suena cabreado. Miro a Jake, que me devuelve la mirada.

—¿Qué tal esa cerveza ahora mismo? —digo, alejándome de nuestra temperamental domadora, que está a punto de darme una temperamental patada en el culo.

Jake me imita y retrocede conmigo. Ninguno de los dos quiere estar en primera línea de fuego cuando Lucinda está furiosa, y tengo todas las papeletas para que me toque a mí, por eso huyo despavorido.

Entramos en el tranquilo local, donde hay cuatro gatos dispersos.

—Dos Budweiser, gracias. —Dejo un billete sobre la barra y separo un par de taburetes. Permanecemos en silencio, pensativos, mientras el camarero nos trae las cervezas. Luego brindamos con los botellines, bebemos con ganas y soltamos el aire al acabar, suspirando a la vez. Ni siquiera he tenido tiempo de dejar el botellín en la barra cuando Lucinda entra en el bar y lo barre con la mirada hasta localizarnos. Cuando nos encuentra, me encojo sin poder evitarlo.

—Debería haberlo imaginado —dice, al pasar por nuestro lado. Sin detenerse, continúa caminando hacia la parte trasera del pub—. Seguidme.

Miro a Jake, que pone los ojos en blanco.

—Si no fuera porque le tengo cariño, la mandaría a tomar por culo al menos diez veces al día. —Se deja caer del taburete con fluidez y elegancia y voy tras él, mientras se me escapa una risita.

Nos sentamos frente a ella a una mesa con bancos corridos y esperamos, como buenos chicos, a que nos arranque las pelotas. Al fin y al cabo, nos lo merecemos, al menos, yo. Jake no tiene la culpa de que se me haya ido la pinza momentáneamente.

Dos minutos más tarde, nuestra domadora sigue con la vista clavada en el móvil y Jake y yo aún conservamos las pelotas. Miro a Jake, que me devuelve la mirada, y me encojo de hombros.

—¿Una copa? —le propongo a Lucinda, que me mira mal, muy mal.

Adiós, pelotas.

—No me pongas a prueba, Ryan —salta al fin—. Ya me has provocado un jodido dolor de cabeza hoy, no necesito otro.

Me echo hacia atrás para poner distancia entre los dos y oigo reír a Jake.

—Sólo te he preguntado si querías tomar algo. Además, tenía que actuar rápido. ¿Quién sabe dónde estaría ahora la niña si no hubiera actuado?

—¿Y tenías que montar una escena de acción y enseñarle la pistola a medio Londres?

—Venga, va. Seguro que los jefazos no se pondrán tontos cuando sepan que uno de tus hombres ha capturado a un tipo al que llevaban años buscando —le digo, tratando de congraciarme con ella con mi mejor sonrisa.

Ella sólo aparta su mirada lanzallamas de mí para atraer la atención del camarero.

—Con leche —le pide y guarda silencio.

Ni Jake ni yo tenemos ganas de romperlo de nuevo, así que me dedico a hacer girar la botella lentamente sobre la mesa.

Lucinda empuja un portafolio sobre la mesa. Me lo quedo mirando sin abrirlo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Tu próximo caso.

—Me tomo unas semanas libres —le recuerdo—. Me voy a casa.

—¿A casa? —repite ella, en tono burlón—. Pero si ahí no hay nada; es un muermazo. Doscientos habitantes, un par de tiendas, un pub y un colegio. ¿Qué demonios vas a hacer ahí?

—Eso no es asunto tuyo —replico con dureza y noto que Jake me mira. Él sabe lo que haré, es el único que lo sabe; es lo que tiene pasar mucho tiempo con una persona, que acabas contándole tus mierdas—. Me voy a casa y punto, joder —añado con firmeza, y Lucinda se echa hacia atrás en el banco mientras le dejan el café sobre la mesa.

No le da las gracias al camarero; vierte una buena cantidad

de leche de la jarra, coge la taza y la vacía de un trago, sin apartar su mirada letal de mí. Me la suda, por mí puede irse al infierno. Voy a volver a Hampton se ponga como se ponga; que busque a otro para el caso. Mientras pienso eso, se vuelve hacia Jake.

Él niega con la cabeza.

—Olvídalo. El bebé nacerá dentro de unas semanas.

—Sólo son dos semanas.

—Que no. —Da otro trago—. Le dije a Cami que éste sería el último caso antes del parto.

—¿Y si yo te digo que te patearé el culo si no lo haces?

—Ya lo hiciste hace años, pero ahora le tengo más miedo a Cami que a ti, así que... ¡que te den, Luce! —Jake alza la cerveza en un brindis sarcástico, al que ella reacciona con un gruñido.

Sonríó. Lucinda adora a Cami. La esposa de Jake es la única mujer en el mundo que nuestra domadora puede soportar. Y no sólo la soporta, es que le gusta.

—Vas a tener que buscarte a otro —murmuro, haciendo chocar la cerveza con la de Jake—. Nosotros nos largamos. —La miro mientras ella inspira hondo y entorna mucho los ojos, lo que le da un aspecto de villana oriental. Se me borra la sonrisa del rostro cuando me entrega otro portafolio—. ¿Qué es esto?

—Has dicho que estarías fuera unas semanas. Ésta es tu misión para cuando vuelvas. Un trabajo aburrido, rutinario, sin riesgo, para un solo hombre.

—También dijiste que este caso era de bajo riesgo —le hago notar, con la vista clavada en el informe, mientras revivo mentalmente la última hora. Hago una mueca cuando el corazón se me acelera. La mueca se acentúa en cuanto visualizo la cara de Alexandra—. Paso —declaro, con la mirada fija en ella. Tal como me imaginaba, la he sorprendido—. Me tomo una excedencia.

—¿Cómo? —exclama Lucinda.

Jake también me está mirando asombrado.

—No quiero seguir en esto. —Da igual lo cuidadoso que trate de ser; el peligro siempre demuestra ser más hábil que yo y sabe dónde encontrarme. Y tal como acabo de evidenciar una vez más, mi instinto me empuja a bailar con él. Es más fuerte que yo. Soy del todo consciente de que las cosas podrían haber acabado de manera muy distinta hace un rato.

Con las ventanas de la nariz muy abiertas, Lucinda guarda el informe.

—Te llamaré cuando se te haya pasado la tontería. —Se levanta y sale del pub caminando con decisión. Noto los ojos de Jake clavados en mí.

—¿Qué? —le pregunto, sin devolverle la mirada.

—¿Lo has dicho en serio?

—Totalmente. —Doy otro trago.

—¿Y a qué te dedicarás?

—Trabajaré en la casa. Y tal vez construya otras. —Me encorjo de hombros. Se me da bien trabajar con las manos. La casa que tengo en el bosque la construí yo solo, de arriba abajo. Siempre he tenido ganas de comprar terrenos y edificar unas cuantas casas, tener mi propio catálogo. Creo que ha llegado el momento. Llevo veinte años metido en el tema de la seguridad, tengo ganas de cambiar.

—Pues suena bien —dice Jake. En ese instante le suena el teléfono y responde—: Hola. —Su tono de voz lo delata, haciéndome sonreír. En el trabajo es un cabrón sin escrúpulos, un tipo malhumorado y cerrado en sí mismo, pero se derrite cuando está con su esposa y su hija—. No puede ser. —Se levanta de un salto—. Joder, Cami. Estoy en la otra punta de Londres. Me estoy tomando una birra y... ¡y es demasiado pronto, joder! Se suponía que íbamos a irnos al campo.



—Lo siento. —La voz de Cami me llega a través del teléfono, entre jadeos—. Le diré al bebé que se espere hasta que su papi se acabe la birra, ¿vale? —Unos cuantos jadeos más acelerados—. La comadrona llegará en cinco minutos.

—¡Joder! —exclama, echando a correr.

—¡Jake! —grito, siguiéndolo y olvidándome de las cervezas que no nos hemos podido terminar—. ¡Jake, espera!

—¡Cami está de parto! —grita por encima del hombro, mientras cruza la calle a la carrera—. Tengo que ir a casa.

—Ya te llevo yo. Te matarás si conduces en ese estado.

Él me dirige una mirada indignada.

—Estoy perfectamente.

—Tu frente te delata. —La señalo con el dedo, y él se seca el sudor que la cubre—. Sube. Además, conduzco mejor que tú, y lo sabes.

—¡Y una mierda!

Subo al todoterreno riendo.

—¿Está con alguien? —Me incorporo rápidamente al tráfico y empiezo a sortear vehículos.

—Con una amiga, Heather. —Segundos más tarde vuelve a estar hablando por teléfono—. Voy de camino. ¿Cómo está? —Jake permanece en silencio y yo divido la atención entre la calzada y mi colega. Nunca está relajado del todo, pero pocas veces lo he visto tan tenso—. Tardaré una media hora, dependiendo del tráfico. ¿Puede esperar tanto?

Doy un brusco volantazo a la derecha y me salto un semáforo en rojo.

—Más bien serán veinte minutos —rectifica Jake—. Dile que se ponga.

Doy otro volantazo y Jake me señala otro semáforo que acaba de ponerse en ámbar. Pillo su indirecta y sorteo unas cuantas motos, acelerando a fondo.

—Hola, ángel —susurra con tanta dulzura que me derrito un poco al oírlo—. Ryan está conduciendo con prudencia —le asegura—. Vale, se lo digo —añade, mirándome—. Tú respira tal como ensayamos, ¿vale? Tú puedes. ¿Dónde está Charlotte? —Su sonrisa se amplía al oír la respuesta de Cami—. Parece que estás en buenas manos. —Pega un brinco en el asiento cuando un grito desgarrador sale del teléfono. Me vuelvo hacia él, con los ojos muy abiertos—. Vista al frente —me recuerda, mientras activa el manos libres. Cuando el grito de Cami afloja, la oigo jadear.

—Uf, ésa ha sido fuerte —dice.

—¡Papi! —Se oye la voz de la pequeña Charlotte. En contra de lo que uno podría pensar, no suena preocupada, sino entusiasmada.

—Hola, princesa. —El tono de Jake es todavía más suave que antes y veo que prácticamente se convierte en un charco sobre el asiento—. ¿Estás cuidando de Cami?

—¡Claro! Está sudando mucho. Y se ha puesto muy roja.

—Todo irá bien. Llegaré lo antes posible, ¿vale?

—Date prisa, papi.

—Me estoy dando prisa, princesa. —Jake se estampa contra la puerta del copiloto cuando tomo una curva muy cerrada y suelta un taco al golpearse la cabeza contra el cristal—. Te aseguro que me estoy dando prisa. ¡Hasta ahora!

Tras acabar la llamada, Jake se frota la frente con una mano al tiempo que se agarra al salpicadero con la otra.

—Pisa a fondo, Ryan —murmura con ironía mientras adelanto a un Ferrari, cuyo conductor nos hace una peineta. Respondo haciendo sonar el claxon y me concentro en llevar a mi colega junto a su esposa antes de que llegue el bebé.

Cuando detengo el coche ante la puerta de su casa, al oeste de Londres, Jake lleva unos cuantos chichones más en la cabeza,

pero estoy seguro de que llega a tiempo para presenciar el parto. Se despide dándome una palmada en el hombro, como siempre, y me dice:

—Gracias, tío.

—¡Llámame! —grito, mientras la puerta se cierra y él echa a correr hacia la casa—. Y buena suerte, colega —añado en un murmullo, viendo cómo cruza el umbral.

Permanezco unos instantes en el sitio, planteándome varios aspectos de mi vida, aunque en realidad no tengo que pensar mucho, sólo una cosa importa.

Sonriendo, arranco, listo para hacer la maleta y largarme del apartamento de mierda donde llevo demasiado tiempo. Ha llegado el momento de volver a casa.